

## NUEVOS AIRES DE TAGORE CON ESTRENO EN MÁLAGA

Albert Torés García

A todas luces, poco o nada podemos aportar a la gran figura que fue Rabîndranâth Thâkur, conocido como Tagore. Solo si indicamos que fue Premio Nobel de Literatura en 1913, podemos imaginar, sin previa comprobación, la documentación, bibliografía y estudios que existen. Bien es verdad que la obra literaria de Tagore es tan diversa como influyente. Pues a su faceta de escritor, le añadimos la de dramaturgo, filósofo, pintor y compositor. Precisamente su influencia puede verificarse no solo en la música y la literatura bengalíes, sino más allá de tales límites. No cabe duda que su posición política claramente contraria a la Ley de la Corona Británica, así como su respaldo al movimiento por la independencia de La India que lideró Gandhi, han contribuido indudablemente a fortalecer su perfil. El más joven de los trece hermanos, fue criado en una familia de artistas de convicciones sociales y religiosas opuestas al sistema de castas y favorables a las mejoras de las condiciones de vida de la mujer hindúe. Desde sus primeros poemas, compuestos a la edad de 8 años o desde sus primeros poemas publicados con 16 años bajo el título de *El león del sol* hasta este florilegio de poemas traducidos por Manab Bandhu Bera y revisados por Francisco Muñoz Soler y un servidor, con mucho menos detenimiento del deseado, la obra de Tagore es tan necesaria como determinante para entender no solo la literatura sino también los devenires culturales de la India. Solo a modo de recordatorio, señalamos que dos composiciones suyas son ahora los himnos nacionales de La India y Bangladés : el *Jana-Gana-Mana* y el *Amar Shonar Bangla*.

Precisamente otro Premio Nobel como Juan Ramón Jiménez fue el inspirador de la primera traducción de Tagore, junto a su esposa Zenobia Camprubí. Parece razón de peso para que la obra poética de Tagore pudiera circular con garantía por los pasillos de nuestra literatura. De ahí que ese título de *Ofrenda Lírica*, tan acertado por otro lado, nos deje una declaración que dice mucho a favor del Nobel onubense: Hemos intentado dar un cuerpo nuevo a tu gran corazón, a este libre donde tú quisiste recoger tu corazón completo y verdadero".

Por tanto, habrá que felicitar a la Editorial Cálamo por esa cuidada edición que tuvo a bien recuperar la traducción de Zenobia Camprubí y el prólogo original de 1912 de W.B. Yeats de 1912.

Allí percibiremos la esencia estilística de Tagore que, a través de 103 pequeñas prosas poéticas realiza un canto a la belleza del mundo, a la divinidad, que está ligada a todo cuanto nos rodea (“*¡quítate ese manto sagrado y baja con tu Dios al terruño polvoriento!*”). Tal como se nos indica: “La extrema sensibilidad de Tagore, que expresa una delicada contemplación del alrededor, hace íntimo lo trascendente. Asume la vida y la muerte con todo su dolor y con toda su alegría. Por eso, manifiesta una exaltación vitalista para aprovechar del gozo de la vida, desprendiéndose de lo abundante, de lo superfluo; buscando el equilibrio. De ahí la intención esencialista que encierra su pensamiento y su

propia poesía. La serenidad del “yo” se refleja también en el ímpetu de ofrecimiento, de entrega, que es la puerta por la cual accede a la sabiduría”.

Al releer a Tagore, especialmente *El jardinero*, en una edición de Losada, *La Cosecha* y *Chitra Pájaros perdidos* también en la Editorial Losada, la nostalgia nos ha embargado y me parece más que oportuno reivindicar el papel tan determinante de la Editorial Losada de Buenos Aires, fijar la deuda que España mantiene con esta editorial, sin cuya existencia nuestra literatura no sería ni por asomo lo que es.

Tagore, en gran medida, se introduce en España gracias al oficio de Juan Ramón Jiménez. Por ello, solo sea a modo de tributo, reproducimos el texto de Juan Ramón Jiménez que sirve de introducción al libro *La Cosecha*:

---¡COGEDLA, que no se os vaya! ¡Amarradla bien a la tierra!

*Un viento no sé dónde, en un desorden de chispas de sol y estrellas de plata, rojas, verdes, de un día conmovido, rinde, de pronto, a los hombres desvelados una rama celeste, llena toda de los frutos del árbol único de la Verdad.*

---¡Qué se nos va! ¡Por Dios que nos lleva! ¡Más fuerte!

*Y la rama inmensa se levanta, de nuevo, en paz; se levanta, se pierde en el cielo...*

*Y el gran cielo azul y radiante se cierra tras ella, ordenando la momentánea revolución de día y noche, las estrellas rosas, grises, de plata y las chispas de oro.*

---¡Qué tristeza, qué tristeza, qué tristeza!

*Pero el corazón es ya para siempre un cesto vacío, del tamaño del cielo de la aurora; nostálgico de la belleza inmortal, fruto de luz divina, que se le ha regalado un momento en la rama rendida del árbol único de la Verdad.*

Ciertamente, Tagore tuvo suerte en encontrar a Juan Ramón Jiménez como valedor, modelador, traductor y creador del espacio de la obra de Tagore. No cabe duda que la mano de Juan Ramón ha tenido mucho que ver en que la aceptación de Tagore, aunque, convendría recordar que no fueron pocas las voces que se opusieron inicialmente al poeta hindú.

El profesor Shyama Prasad nos lo recuerda en su trabajo “Tagore *el panal eterno* de Juan Ramón Jiménez”, así pues, resultaba anatema la entrada de una filosofía ajena de vena oriental en el ámbito del espíritu materialista y realista del occidente: Emilia Pardo Bazán directamente acusaba a Tagore de ser un soñador de sueños pasivos, Eugenio D’Ors hablaba de la poesía de Tagore como una “almohada de pajas”, y en general ese tono místico, incomprendido en muchas ocasiones, le lleva a cierta incompreensión. Mínima, eso sí, si valoramos a los defensores del poeta bengalí, Gregorio Marañón, Gerardo Diego, Manuel Machado, Ricardo Gullón, o fuera de nuestras fronteras, Yeats, Romain Rolland, Albert Einstein, Thomas Mann, Bernard Shaw entre muchos otros. Todo ello, sin tener en cuenta las repercusiones e influencias de la escritura de Tagore en el contexto de la literatura universal.

En este nuevo volumen titulado *Un florilegio de Rabindranath Tagore*, traducido por el profesor Manab Bandhu Bera, nos acercamos a un nuevo viaje de entusiasmo donde el latido del símbolo es permanente. Una conceptualización natural, una ofrenda lírica, un

carácter idealista, todo ello en forma de cascadas. Con un tono que discurre entre el enigma y la magia pero que siempre abre puertas a la reflexión. Así leeremos en el tercer poema: *En el río está gritando el barquero./ La barca ha estado varada hoy./El viento oriental sopla:/No hay nadie cerca del río.*

Pero su escritura no está exenta de ironía en ese amplio abanico de modos de vida descritos. Poemas como “Prueba directa”, “Relación de necesidad” o “Parentesco” ilustran bien nuestra consideración. Inclusive, el que biográficamente, Tagore sea nombrado caballero de la Orden Británica no deja de ser un guiño cómplice.

La búsqueda es el paradigma escritural de Tagore. La búsqueda de la belleza y la pureza, con la armonía y la educación como ejes básicos y de manera muy especial con los lindes confundidos entre poesía y prosa, o por ser exacto con los lindes fundidos de poesía y prosa. Convendría establecer un paralelismo con su acción vital, pues fundaría el Instituto para la reconstrucción rural, que luego pasó a denominarse la “Casa de la Paz”. Tagore pensaba seriamente en procurar una alternativa al símbolo del movimiento de Gandhi, toda vez que la reivindicación no era para Tagore la vía. De ahí que se lanzara a buscar patrocinios, donaciones, especialistas para que el Instituto pusiera en marcha la escolarización como medio para la “liberación de pueblos de los yugos de la impotencia y de la ignorancia, revitalizando el saber”. Un humanista solidario en toda regla, si tuviéramos que tirar de acuñación actual, pues Tagore siendo independentista no mostró desprecio por el pueblo inglés, siendo aristócrata entendió los acuciantes problemas del campesinado, y no trazó límites sino muy al contrario, universalizó el oficio de la escritura.

Teoría y práctica que llevará con tanta elegancia como contundencia en los textos que se presentan en el CAL este próximo 22 de septiembre.

Planteamos la armonía como eje constructivo y sin duda viene dada por sus exploraciones en biología, física y astronomía. Una poesía naturalista que subraya el respeto por las leyes científicas y se refuerza con su perspectiva pictórica. No cabe duda que Rabindrath Tagore es el hombre renacentista en Oriente. Una escritura renacentista planteada en términos comunicativos, mejor aún, en términos de igual a igual, una escritura renacentista que se enfatiza en el Tagore viajero que recorre más de 30 países, ahondando en la carta de la divinidad del hombre eterno con naturaleza de ritmo al que le insufla grandes dosis de optimismo. A todas luces, su vocación musical y su gran oficio como músico han contribuido al desarrollo de una escritura difícilmente catalogable y que por fortuna escapa a los moldes de la crítica.

En este *Florilegio* que presentamos, puede apreciarse ese trasfondo musical en los recorridos de las emociones humanas que buscan desde luego instaurar la libertad espiritual. En el poema “Rotación” lo expresa con toda nitidez : *“El incienso quiere mezclarse con su olor,/ el olor quiere adherirse al incienso, la melodía quiere rendirse al verso,/ el verso quiere lanzarse a la melodía./ La idea quiere manifestarse en la forma/ y la forma quiere ser libre en la idea”.*

En un contexto de creencias certificadas, Tagore músico, pintor y poeta, aboga

por la libertad, con una mirada vitalista y espontánea que se detiene con reflexiones sobre su entorno, que plantea juegos espirituales e interrogantes a partir de su contemplación de la vida de los desfavorecidos. Empleo a consciencia el término “contemplar”, lo que podría ser un contrasentido o cuando menos una contradicción. En efecto, Tagore en este *Florilegio* se fijará en las multitudes, en los cambios de valores que se producen en los bosques a detectar la presencia humana, los cetros de justicia y los equilibrios, las verdades absolutas, el infinito, el ritmo de la creación que aparece una y otra vez, el simple movimiento del cabello de una niña gitana para entusiasmarse, la casualidad y el destino, el engaño y el camino, el espejismo y el deseo, la pertenencia y la nada, la corona y la lágrima, el sueño y el amor, la palabra y la muerte, una insistente oscuridad y un liberador silencio y un permanente entrelazar narrativo que va del diálogo a la exclamación, del lazo poético al poder narrativo que he sentido a lo largo de estas páginas, buscando esa “paz eterna” que anhelaba Tagore y que el lector puede descubrir aunque sea a lo largo de un florilegio.

La presencia física y espiritual de Tagore en cualquier lugar es sobrecogedora. Por ejemplo, esa imagen de lluvia y mal tiempo que no daba ganas de trabajar y que le empuja a coger su instrumento musical y componer sobre la lluvia, o una puerta que cierra y deja la habitación en penumbra le da para un relato de emperadores, una tarde sin historia le da para lanzarse al primitivismo más extremo de la pintura, una frase mal empleada le ofrece un ensayo sobre nacionalismos. Tagore, ocupa de pleno el espacio temporal de su momento y que le sigue sea éste místico, filosófico, amoroso, patriótico, exaltado, singular o interdisciplinar pero siempre con la mirada puesta en la humanidad, con el deseo de búsqueda de la belleza, acaso de que la vida se torne bella en su totalidad, en todo ese espacio temporal, es decir en la naturaleza, el cuerpo, el pensamiento, la palabra, el acto hasta el punto de convertirse en el portavoz popular. Manuel Rico, retomando a Celaya, decía que la poesía no sólo era de futuro, sino de pasado esencialmente, de memoria. Tagore encarna bien esa consideración y además le confiere un tono de utilidad, en la peor acepción del término, superando la idea de la poesía como género minoritario.

Como lector interesado y desde luego con cierto detenimiento, por haberme atrevido a opinar sobre estructuras poéticas y batallar no ya con los avatares de la traducción sino con el confuso dominio de la revisión, Tagore despierta una sensación de serenidad en la lectura. Es una espiritualidad calma, íntima y profunda la que viaja por este *Florilegio* y ahora será tarea del profesor Manab Bandhu Bera el dilucidar y acercarnos con maestría la poesía de Rabindranath Tagore. Por mi parte, como el genial poeta bengalí “he recibido mi invitación para el festival del mundo y he jugado tanto como he podido”.